

manticonismo» y el recuerdo de las *Sonatas*» y «La muerte») y, a continuación, en el último capítulo estudia el lenguaje americanista de esta extraordinaria novela. Para terminar, incluye la autora tres interesantes apéndices («Variantes no estudiadas en el texto», «Cartas documentales» y un excelente «Glosario»).

Así, habiendo penetrado sistemáticamente y con imaginación en la realidad de *Tirano Banderas*, tras de haber sabido dar a esa realidad su sitio exacto en la trayectoria de Valle-Inclán (precisando, de paso, no pocas cosas sobre el «esperpento»), al terminar con los detalles indispensables para una lectura a fondo de la novela estudiada, cierra Emma Speratti este libro modelo, ejemplo de lo que el crítico puede lograr si sabe fundir la erudición cuidadosa con la interpretación, partiendo siempre de una lectura comprensiva y apasionada. Tan excelente y útil nos parece este libro, tan necesario por lo que nos dice sobre Valle-Inclán y por el método que para decirlo se sigue, que cualquier diferencia de opinión que podamos tener con la autora respecto a la interpretación de algunos detalles (por ser sólo eso, cuestión de detalles cuyo comentario alargaría excesivamente estas páginas), ha de quedar, por ahora, en el más respetuoso silencio.

CARLOS BLANCO AGUINAGA

The Ohio State University.

EMIR RODRÍGUEZ MONEGAL, *El juicio de los parricidas. La nueva generación argentina y sus maestros*. Editorial Deucalión, Buenos Aires, 1956. 108 pp. (Col. *Ahora y aquí*, 2).

Este penetrante y objetivo examen de la generación de 1945 —influida por el vocabulario de Merleau-Ponty, de Sartre y de Camus, sacudida violentamente por la ascensión y la dictadura de Perón— nos muestra desde sus primeros pasos la reacción del joven grupo contra los escritores de mayor categoría hasta ese momento: Martínez Estrada, Mallea, Borges. Es, en cierto modo, la violenta reacción de la generación nueva contra la generación anterior, pero sus motivos parecen más hondos. Los «hijos» encuentran que Martínez Estrada les dio un punto de partida para el problema de su circunstancia, pero no el aliento esperanzado; que Mallea propuso un remedio para el mal argentino, burdamente realizado después por el dictador, y que fue tan sólo un señorito disfrazado tras la angustia. De estos «padres», aceptan en parte y en parte rechazan a Martínez Estrada; a Mallea, sólo lo rechazan. Distinto caso es el de Borges, a quien sin duda admira —como es razón— Rodríguez Monegal: Borges suscita apasionados defensores y apasionados detractores, en los cuales, pese al ataque, puede vislumbrarse un fondo de admiración que llega hasta el empleo del mismo vocabulario del autor de *Ficciones*. Si los tres escritores les son «ajenos», sólo Borges parece estorbarles el paso.

A través de artículos de revistas y de libros pertenecientes a la generación del 45, Rodríguez Monegal ha espigado concienzudamente el material que le permite señalar la posición adoptada por los nuevos,

posición en la que muchas veces se advierte “un nacionalismo que no osa decir su nombre”. Y mientras fija las peculiaridades del grupo —no siempre concorde—, desliza de vez en cuando su propio y exacto juicio acerca de los “padres” y de los “hijos”, y valoriza con acierto algunos trabajos<sup>1</sup>, censurando con fuerza otros. Cuanto han escrito los jóvenes proporciona, más que el juicio de los tres maestros, “la revisión de los jóvenes por ellos mismos”. En busca de su “verdad”, de su “contorno”, olvidan con frecuencia la crítica literaria en sí<sup>2</sup> para lanzarse por caminos más o menos metafísicos, más o menos políticos. Pero estos jóvenes ocupados en demoler, también se dedican a la creación: “esta obra . . . los salvará o perderá” y permitirá “el verdadero juicio de los parricidas”.

Trabajo de enfoque acertado y parquedad elogiable, el librito de Rodríguez Monegal no sólo busca ver claro en la lucha y el “parricidio” de la nueva generación argentina; busca además —ya que los “padres” (especialmente Mallea y Borges) han influido también en el Uruguay— aclarar esa visión para reanudar “sobre una base segura” el hasta no hace mucho interrumpido diálogo “entre ambas márgenes”.

EMMA SUSANA SPERATTI PIÑERO

El Colegio de México.

<sup>1</sup> Cabe señalar sobre todo el ensayo de ENRIQUE PEZZONI, “Aproximación al último libro de Borges”, *Sur*, 1952, núms. 217/18, 101-125, y el de RAMÓN ALCALDE sobre H. A. Murena —precursor de los parricidas— aparecido en *BAL*, 1954, núm. 17, 1-22.

<sup>2</sup> Justamente indica Rodríguez Monegal que faltan estudios a fondo sobre el arte narrativo de Mallea (p. 103) o sobre la sátira de la realidad argentina y la creación del lenguaje en Borges, “en la Argentina al menos” (p. 105), aunque respecto de esto último, si nos atenemos al concepto generacional que preconiza el autor (pp. 86-90), hay alguno, escrito por una argentina y publicado en México (ANA MARÍA BARRONECHEA, “Borges y el lenguaje”, *NRFH*, 7, 1953, 551-569). De la misma autora ha aparecido recientemente uno de los estudios más agudos y profundos que existen hasta ahora acerca de ciertos aspectos del arte de este escritor (*La expresión de la irrealidad en la obra de Jorge Luis Borges*, El Colegio de México, México, 1957).